

INTRODUCCIÓN

No se sabe nunca cuándo se nace: el parto es una simple convención. Muchos mueren sin haber nacido; otros nacen apenas, otros mal, como abortados. Algunos, por nacimientos sucesivos van pasando de vida en vida, y si la muerte no viniese a interrumpirlos, serían capaces de agotar el ramillete de mundos posibles a fuerza de nacer una y otra vez, como si poseyesen una reserva inagotable de inconciencia y abandono...

—Juan José Saer
El entenado

Historias, historias de mujeres madres, encantadoras, luchadoras, acompañadas y solas. Son cinco historias en cuyos trazos es posible que se identifiquen muchas mujeres y madres. Historias con todo el peso de la subjetividad personal atravesadas todas ellas por una época: esta, pero diferentes en sus acercamientos cronológicos: Andrea tiene 23 años y un hijo pequeño, Natalia y Lorena han pasado los treinta años y ya tienen hijas adolescentes y Antonieta ya bordea los cincuenta y es abuela.

Mónica, la protagonista de la historia más larga, viene del libro *Las niñas mamás* y han pasado más de veinte años desde que aquella niña violada por su padrastro estuvo obligada a tomar decisiones trascendentes para su vida.

Me acerqué a ellas buscando escuchar y compartir reflexiones alrededor de su maternidad joven. Me interesaba saber cómo miran ellas, desde su presente actual aquel momento en el cual, siendo aún adolescentes, dieron a luz. Quería también que contaran cómo fueron sus vidas desde entonces. No solo por el afán de pensar con ellas y desde ellas algunas de las aseveraciones acerca de la maternidad en la adolescencia que terminan transformando el fenómeno en algo árido, carente de vida, de dinamismo y sobre todo de realidad, sino también por curiosidad femenina, por ganas de intimar, de conocerlas más, de que me conozcan. Algunas fueron alumnas mías, otras compañeras de trabajo y Mónica es como el paradigma de la mujer que resurge de las cenizas, la veo como a Scarlett O'Hara en el final de la primera parte de *Lo que el viento se llevó*.

Es posible –y ojalá eso se logre con la lectura de este libro– que los relatos aquí presentes promuevan una percepción más comprensiva sobre la maternidad y la paternidad en la adolescencia.

Sin duda algunas situaciones han cambiado: hasta hace sólo una década era todavía complicado hablar del tema. Se lo seguía viendo como un fenómeno marginal. Parece que hubiera pasado un siglo desde

aquella mañana en la cual algunos padres, en la provincia de Formosa, abrazaban una escuela para que no ingresase allí una joven embarazada por miedo a que sus hijas se contagiaran. Eso es impensable hoy y apenas pasaron un poco más de ocho años.

¿Quién hubiera imaginado hace menos de un lustro que se darían charlas de educación sexual en la playa?

¿Quién hubiera pensado que habría algunas escuelas secundarias con guarderías para los hijos de las alumnas?

Sin embargo, y a pesar de ello, persisten abordajes prejuiciosos alejados de la realidad y de las investigaciones que se van realizando y permiten descubrir nuevas aristas del fenómeno.

Es frecuente que cuando se trata el tema de la maternidad adolescente se termine hablando sobre el embarazo no deseado, de los servicios existentes o ausentes de planificación familiar, de los cursos presentes o ausentes de educación sexual, de las dificultades que tienen las adolescentes para conocer su cuerpo y hacer uso de los métodos anticonceptivos, de la relación existente entre la mayor educación y el menor índice relativo de maternidad adolescente. Se insiste mucho en el hecho de que la maternidad adolescente termina siendo una trampa para la joven, quien paradójicamente buscaría a veces la independencia a través de la maternidad. Se habla de la pobreza, la marginación y la ignorancia en la que terminarían sumidas, se insiste en que una vez embarazadas, las adolescentes podrían dejar la escuela y profundizar así la

distancia de las posibilidades laborales, situación que terminaría perjudicando a su hijo.

Con esas percepciones en el imaginario no es difícil concebir cuál es la reacción habitual que se asume cuando alguien se entera de que hay una joven embarazada en la escuela, en el barrio o en la familia. Casi siempre es de temor y luego de condena.

En primer lugar, en relación con las líneas anteriores, las investigaciones que se han venido realizando sobre el tema así como declaraciones de profesionales que trabajan hace tiempo con las mamás sostienen que no es posible generalizar y que hay que hablar ya no de maternidad adolescente sino de maternidades adolescentes.

Es obvio pero nunca está de más recordar que una cosa es ser adolescente en la ciudad de Buenos Aires y otra en Formosa, que la adolescencia es diferente en la ciudad y en el campo.

Respecto de las maternidades es posible plantear algo semejante. Hay circunstancias en las cuales la maternidad se imbrica de tal modo en la historia de la joven que no representa ningún problema para nadie, es lo esperado. Hay otros casos, en cambio, en los cuales la maternidad aparece como resultado de hechos violentos. Ocurre que muy a menudo es este tipo de casos el que tiene más difusión. Ello ha contribuido a crear una imagen terrible sobre la problemática: que la maternidad en la adolescencia es una situación patológica, como una enfermedad que hay que prevenir.

La maternidad adolescente como fenómeno-pensado es complejo y es nuevo como problemática social.

Hasta la década de los setenta las preocupaciones giraban alrededor de maternidades “verdaderamente precoces”, a edades casi increíbles, como es el caso de Lina Medina, la peruana de cinco años que en 1939 dio a luz a una niña. La temática era en ese momento patrimonio de la medicina en el sentido de que lo que se sabía, escribía y difundía sobre ella provenía fundamentalmente de esa disciplina y de ese saber. Hasta el día de hoy la mayoría de los aportes provienen del campo de la salud, de los médicos, los psicólogos. Es casi evidente la razón: la maternidad transita por los hospitales. Los primeros profesionales a quienes se les consulta “oficialmente” son los médicos y obstetras. Ellos son los que asisten el parto cuando las mamás pueden ir a hacerse atender a los hospitales o a los consultorios o clínicas. Ellos son los que informan ya durante el embarazo sobre el modo de llevarlo adelante, sobre los cuidados higiénicos y sanitarios que deben respetarse. Las interpretaciones públicas más difundidas sobre el embarazo y la maternidad adolescentes provienen de los médicos. Su palabra tiene el peso de quien está siempre confrontado a los momentos límite, también el peso del saber y de la orientación. La palabra del médico no es cualquier palabra. Eso se ve con absoluta claridad en las historias de las jóvenes que se presentan en este libro. Cuando las palabras son de comprensión y cariño se instalan esperanzas, cuando son enjuiciadoras se cierran caminos. Por eso es tan importante cuando ellos abren las posibilidades a un pensar diferente.

Así es como entre las adolescentes se va corriendo la

voz acerca de dónde son mejor tratadas, dónde no se duda de su palabra, dónde son miradas como personas.

A pesar del peso del saber médico, en los últimos años, personas provenientes de otros ámbitos han incursionado en el tema. Hay sociólogos, abogados, historiadores, trabajadores sociales, educadores, etcétera, que han ido contribuyendo a la elaboración de información, a descubrir aristas desconocidas, a imaginar interpretaciones distintas que entregan más luz sobre las diversas situaciones de esta problemática social nueva que la vida cotidiana se encargó de mostrar.

El filósofo francés Henri Lefebvre en su libro *La vida cotidiana en el mundo moderno* observa que a diario se abren nuevos acontecimientos. Algunos aparecen y se pierden otros llegan y se instalan de tal manera que comienzan a hacerse permanentes. Los que perduran indican el camino de algo que está cambiando y aquello que en un momento pudo haber sido casual empieza a instalarse como una necesidad. Eso nuevo que aparece se enfrenta con consideraciones viejas. Uno de esos fenómenos es el del embarazo y la maternidad en la adolescencia, que cuestiona un conjunto de imágenes y representaciones que ya estaban armadas y las resquebraja configurando un nudo de interrogantes ante los cuales no se sabe cómo responder quizá porque los interrogantes no sean los correctos. El lugar de la pregunta y de la duda es reemplazado con ideas previas cuya estructura rígida no tarda en tambalear porque los cimientos de la realidad son los que están moviéndose. Hasta que el viejo edificio no caiga son esas ideas las que constituyen las bases del prejuicio

y la discriminación. El esfuerzo por tratar de encajar la realidad existente en las ideas previas no ha dado buenos resultados y la realidad sale diferente por todos los poros de la vida. Es el pensamiento el que tiene que aprender a girar alrededor de la realidad cuestionando las ideas preexistentes, observando y dejándose penetrar y hablar por esa realidad nueva.

Parto de la base de que la realidad social se construye socialmente. El fenómeno “embarazo y maternidad en la adolescencia” es un fenómeno construido. De hecho, antes no había nada peyorativo en ser madre joven, como escribe el pediatra francés Jean Pierre Deschamps. El modo en que se percibe el fenómeno, en que se actúa, en que se escribe, el modo en que se lo vive es también una construcción. Esto significa que, como la realidad social está en permanente movimiento, todo el tiempo construimos, de-construimos y volvemos a construir. Es importante ir construyendo una nueva mirada sobre esto que llegó para quedarse.

Las historias que aparecen en este libro muestran la diversidad y la complejidad del fenómeno de la maternidad adolescente.

Frente a las imágenes “ideales” preexistentes, la madre adolescente aparece quebrando lo esperado, cuestionando el saber acumulado sobre el tema, mostrando los límites de las políticas públicas (la historia de Mónica es un ejemplo en este sentido) y de las acciones profesionales y religiosas. Estas nuevas vivencias emergen relativizando lo que se creía absoluto y por sobre todas las cosas aparecen “pidiendo” ser

pensadas, respetadas, cuidadas, entendidas y no enjuiciadas, incluidas y no discriminadas.

Habría que ponerse de acuerdo alrededor de algunos momentos sobre los cuales ya hay un nuevo conocimiento construido, aunque no lo suficientemente divulgado ni difundido, que por esa razón deja lugar para el desarrollo del prejuicio, la discriminación y el maltrato.

Algunos de esos momentos son los siguientes:

- 1.** La adolescencia es un fenómeno cultural, social, característico de los últimos tiempos, es un fenómeno de la modernidad y no hay una sola adolescencia ni tiene la misma duración en todas partes. Es diferente en cada país, región, clase social, cultura.
- 2.** La maternidad tampoco es una sola. La maternidad que hoy se “espera” es también un fenómeno moderno. El número de hijos, la edad para comenzar a dar a luz y hasta el modo de relacionarse son fenómenos históricos. No hay una sola maternidad adolescente sino varias. El universo de la maternidad y la paternidad adolescente es diverso y complejo.
- 3.** Tampoco existe una sola forma de familia. Una madre adolescente sola y su hijo pueden ser una familia. Hoy hay quienes dicen, incluso, que una persona sola y su mascota también constituyen una familia.
- 4.** El embarazo y la maternidad en la adolescencia no son fenómenos de una determinada etnia

—como se creyó, por ejemplo, en los Estados Unidos durante un tiempo—, tampoco son solo característicos de los sectores más pobres, ni de los países subdesarrollados.

5. Seguir hablando del hijo no deseado suma más condena. Ya hay muchas investigaciones que demuestran el deseo de los hijos en un número importante de madres aunque quizá no del embarazo. Toda generalización conduce a un modo mecánico de mirar que deja de lado a la verdadera vida. Seguir diciendo que muchas eligieron ser madres porque no había frente a ellas otras oportunidades implica ya una minusvalía para la madre y no el mejor lugar para los hijos. ¿Podrán respetarse sus elecciones? ¿Tienen derecho a equivocarse cuando eligen, así como lo tienen los adultos?

6. Es un fenómeno construido y de él forman parte no solo los adolescentes y sus hijos sino también los adultos, laicos y religiosos, profesionales, el Estado, etcétera. Pero no solo por el lógico entendimiento de que el asunto de la maternidad y paternidad adolescente es un asunto de todos sino porque los adultos participan de pensamientos y acciones, participan de la construcción del fenómeno.

Es importante avanzar en el corrimiento de velos de prejuicios que hacen suponer que las madres adolescentes maltratan a sus hijos, que todas son ignorantes o promiscuas, violadas o abusadas sexualmente, que

sus hijos son objetos y no sujetos. Es importante ver que los problemas para la inserción laboral, para continuar los estudios, para conseguir una vivienda son problemas e injusticias de la sociedad y no consecuencias de la maternidad adolescente.

¿Quedan embarazadas y tienen a sus hijos porque no conocían los métodos anticonceptivos? Es probable que en muchos casos sea así y aquí la injusticia es que se oculte información y conocimientos sobre el funcionamiento del cuerpo, sobre los nuevos sentimientos que aparecen con la pubertad y la adolescencia.

¿Tienen a sus hijos como un modo de sentirse personas porque todavía sienten que la mujer es valorada fundamentalmente por los hijos que trae al mundo? Es probable que haya situaciones donde también esto suceda. Aquí lo injusto es que nuestra sociedad aún siga poniendo a las mujeres en un rol casi único de reproductoras biológicas, como lo más importante y lo que justifica la existencia (hay culturas donde está bien visto no ser madre, pero esto también está construido). Quienes somos madres sabemos de qué se trata ese sentimiento tan diferente a todos.

¿Quedan embarazadas porque sienten que solo así serán queridas por sus compañeros cuando se les pide “la prueba de amor” suponiendo que si tienen relaciones sexuales una sola vez y por amor jamás llegarán a embarazarse?

Muchas de estas cuestiones son válidas para las mujeres en general, no solo para las adolescentes, pero ellas sirven como chivos expiatorios para problemas que es preferible no ver.

Se podría pensar que las madres adolescentes sin querer han sacado a la luz problemáticas profundas que tienen que ver con la maternidad, con la paternidad y los hijos en general, entre otras cosas, por ejemplo, que ellas son mucho más transparentes y muestran la ambivalencia de los sentimientos, incluido el maternal.

Espero que las historias que aparecen en este libro contribuyan al desarrollo de una mirada más solidaria y comprensiva sobre quienes desde tan jóvenes se ven enfrentadas/dos a la lucha por la vida.

Más de cien mil niños nacen por año en la Argentina hijos de madres adolescentes. Y aunque fueran dos valdría la pena “impensar” (Wallerstein) lo que se sabe para estar más cerca de las verdaderas necesidades de las mamás, los papás y sus hijos.

MAREA
EDITORIAL